

Luis Carlos López

Escribe: RAFAEL MAYA

Entre los poetas del Centenario tuvo Luis Carlos López mucha popularidad en el extranjero, desde la publicación de su primer libro. Creo que su obra llamó la atención de filósofos como Unamuno y, si no estoy equivocado, Darío se refirió a ella en términos elogiosos. En Colombia ha sido encomiada hiperbólicamente por algunos, a tiempo que otros no le conceden mayor mérito. Esta disparidad de opiniones indica que se trata de una obra que ofrece amplio margen para la polémica y la discusión, lo que ya constituye un valor indiscutible. Hay obras fecundas por sí mismas, y fecundas por las resonancias críticas que promueven. La de López pertenece a esta última categoría.

Los versos del poeta cartagenero no han envejecido por el transcurso de los años. Me parece que, por el contrario, el tiempo los rejuvenece, y saca a relucir aspectos nuevos, no advertidos antes. Lo mismo ocurre con algunas pinturas opacas que, expuestas a cierta luz constante, cobran poco a poco frescura de colorido, como si estuviesen recientemente pintadas. Este don de juventud eterna es privilegio de unas pocas obras, y no se sabe, a punto fijo, en qué reside. Con los poemas de Luis Carlos López ocurre eso. Leídos por algunos de nosotros en la primera juventud, ofrecen renovado encanto, al volver sobre ellos, a la vuelta de los años. ¿Dónde reside el secreto de esta juventud? nos preguntamos. ¿Estará propiamente en el alma del poeta, o en su manera de pintarnos las cosas, o estará en estas mismas cosas, con prescindencia de su proyección literaria? La indagación es apasionante.

En principio, hay una manera de ver las cosas que es peligrosa para el arte. La visión lírica del mundo, desde luego que

es una especie de refundición de nuestro espíritu con la naturaleza, puede resultar falsa o gastada para generaciones que no participen de ciertas modalidades interiores que, en determinado momento, dieron carácter a las concepciones artísticas. El sentimiento de la naturaleza corre la misma suerte del espíritu. Como ocurre en ciertas épocas, se vuelve demasiado metódico y reflexivo, viviendo de sus propias fuentes antes que de la contemplación del mundo exterior. La naturaleza pasa a segundo término o se convierte en materia de erudición. Cuando el espíritu se nutre de las realidades de afuera, entonces el paisaje cobra categoría sustantiva y los seres del mundo físico se animan como hijos predilectos de la imaginación.

Pero hay otra manera de contemplar las cosas, que no está expuesta a estas contingencias. Esa manera consiste en reducirlas a esquemas y esbozos, dejando apenas las líneas más expresivas y características. En una palabra, en buscar la eternidad del trazo, y la intención recóndita de la naturaleza, que también suele reducir a fórmulas secas la redundancia y profusión de sus manifestaciones. Así como los mejores pintores suelen ser aquellos que resumen, en un solo rasgo, la multiplicidad expresiva del ser humano, así también los mejores poetas de la naturaleza son, de seguro, aquellos que simplifican, hasta el extremo, su visión exterior, buscando algo así como la forma sustancial oculta bajo las apariencias difusas.

Luis Carlos López es maestro en esta clase de simplificación. Sus descripciones se reducen, casi siempre, a unos pocos rasgos fundamentales, escogidos con arte supremo para producir sensaciones inolvidables. Es un caricaturista genial de la naturaleza. No se pierde en divagaciones, ni se diluye en perífrasis. Va directamente hacia su finalidad, que es la expresión radiográfica del objeto que le interesa. De donde resulta algo muy curioso, y es que, a través de alocuciones prosaicas de ofensiva crudeza, nos ofrece, casi siempre, el carácter dominante de ese objeto, la fisonomía característica de tal o cual aspecto de la naturaleza, y de todo eso resulta altamente poético por ser altamente expresivo.

Naturalmente, el poeta de Cartagena no adopta esta manera por técnica artística o por afectación de escuela. Esa es su manera natural de ver las cosas. Y lleva esta manera no sólo a la pintura del mundo que lo rodea, sino a la transcripción misma de sus

sensaciones e imágenes. Es esquemático hasta en la expresión literaria de sus reacciones sentimentales. Nos ofrece el sentimiento como recortado, o como demasiado ceñido, acaso para intensificar su afecto psicológico. Se asemeja esta singularidad espiritual al fenómeno físico de la cuerda tensa que produce un sonido cuya vibración está de acuerdo con esa misma tensión. La onda del sonido es más corta; por eso mismo, es más penetrante y aguda. Si en lo referente a la descripción del mundo exterior López procede como caricaturista así mismo procede en la labor interior de fijar, por medio de lo escrito, sus sensaciones. Caricaturiza los sentimientos con la misma facilidad que los paisajes.

De esta manera tan espontánea como natural, expresa Luis Carlos López su filosofía de la vida. Porque este poeta es, a su manera, un filósofo. Se ha hablado mucho de humorismo, de ironía, de bufonada, a propósito de sus versos. De todo hay en ellos. No es exclusivamente un humorista porque humorista comporta cierta dosis de piedad que está casi siempre ausente de los versos de López. El poeta cartagenero, es por el contrario, seco y cruel. Su comicidad no nace del corazón sino del cerebro, y por esta circunstancia es cáustica. López es, ante todo, un reaccionario, más que un revolucionario. Reacciona contra la naturaleza que lo circunda y reacciona contra todos los aspectos de la vida en medio de la cual se mueve, repartiendo su risa de filósofo cínico entre el cielo y la tierra. Se reconoce, en seguida, que lo mueven la ira o el rencor hacia ciertas cosas; sólo que no expresa estos sentimientos por medio de la blasfemia, o del grito, o del panfleto, sino, a la manera de Mefistófeles, lanzando un silbo entrecortado por la carcajada. La vida, para el autor de **Por el atajo**, no es más que una comedia digna de ser silbada constantemente, por más que la mayoría aplauda o permanezca indiferente. López no se entusiasma ni se desespera. Continúa, con los meñiques entre la comisura de los labios, a manera de un gamín, lanzando su mortificante y aguda protesta, a veces oculto entre los bastidores, y a veces a la vista del público.

Y en medio de todo, este poeta es un amigo de la verdad más que de la poesía. Sus versos son, con frecuencia, antipoéticos, y constituyen el reverso del lirismo. Se esfuerza por aparecer prosaico y descarnado. Y lo consigue admirablemente. Pero entonces suele darnos visiones muy reales y evidentes de las cosas. Ciertos personajes, ciertos aspectos de nuestros pueblos; ciertos rincones de la vida provinciana, con toda su grandeza y su mi-

seria; el letal aburrimiento del trópico sofocante y la monotonía de las costumbres nacionales, todo eso pasa por los versos de López como realidad histórica colombiana. Muchas particularidades de la vida nacional habrá que buscarlas mañana, no en las crónicas ni en las historias, sino en los versos de este poeta sin entrañas, que desnuda la realidad como quien despoja un fruto de su cáscara, para que aparezca la almendra amarga.

En este país de abundante lirismo y de caudaloso ritmo sentimental, los versos de Luis Carlos López constituyen un reto y un desafío. Desentonan abiertamente con toda la tradición poética colombiana, y hacen recordar la actitud del sujeto que instalase, en pleno campo, una máquina de afilar cuchillos, a fin de celebrar dignamente el claro de luna. Por lo excéntrica y singular, esa actitud es respetable. Por eso Luis Carlos López no ha dejado discípulos. Para continuar esa trayectoria sería necesario poseer el mismo genio del poeta, y la naturaleza no suele prodigar esta clase de tipos originales. Silva, por ejemplo, fue un poeta sarcástico, en sus **Gotas amargas**; pero ese sarcasmo era cosa de su inteligencia paradójica. Casas también ha pintado aspectos cómicos de la vida colombiana en sus **Crónicas de aldea**; pero lo ha hecho en forma más risueña que amarga, siguiendo la tradición de los buenos costumbristas colombianos. Luis Carlos López es todo lo contrario de estos dos poetas. Es el más intencionado de ellos, a tal punto que podría extraerse de sus poesías una doctrina filosófica, para uso exclusivo de ciertos individuos tranquilamente desesperados.